

tetizar en la palabra “contexto”, o, lo que es equivalente, de su finalidad, criterio muchas veces postulado, pero puesto en práctica pocas. Además, este estudio llevó a la autora a preguntarse por el modo y los límites de la comparación en la historia. Para ella, es legítimo comparar una sociedad con las que la precedieron, las que le fueron contemporáneas, y las que le siguieron, pero sin olvidar que una sociedad jamás sirve de explicación para otra.

RODOLFO P. BUZÓN (UBA/UCA/CONICET)  
filologiaclasica@filo.uba.ar

GARCÍA JURADO, FRANCISCO. *Borges, autor de la Eneida. Poética del laberinto*. Madrid: Biblioteca ELR Ediciones, 2006, 135 pp. ISBN 978-848-760717-2

---

La intertextualidad fue un recurso conocido y practicado por los escritores de Occidente desde sus primeras manifestaciones literarias, en un decurso ininterrumpido que continúa hasta la actualidad, incluso –y quizás con mayor evidencia– en las producciones más contestatarias y revulsivas. Se relaciona íntimamente con la memoria, es decir, con la identidad. Jorge Luis Borges se afanó, en cada ocasión que se le presentaba, por recordarnos que había escrito sobre pocos temas, aunque multiplicándolos en registros diversos. Del mismo modo, en incontables ocasiones, develó cuáles fueron sus predilecciones literarias, lo que, en el caso de un escritor, no es sino el modo de confiarnos cuáles son aquellos modelos que reescribe en sus propias creaciones. En las de Borges, Virgilio ocupa, si no el primer lugar, uno preferencial. Omitamos las conferencias (donde gustaba citar de memoria versos de Virgilio, o bien directamente –sobre todo, aquel que consideraba perfec-

to e intemporal: *ibant obscuri sola sub nocte per umbram*—, o indirectamente —a través de la versión inglesa de Dryden), quien conozca la obra del argentino recordará títulos como “*Dulcia linquimus arva*”, frases como “mis noches están llenas de Virgilio”, “lento en mi sombra”, o la que constituye, a mi entender, el mayor elogio brindado a la obra del poeta romano a lo largo de 2000 años de lecturas y valoraciones entusiastas: “Felices los que guardan en la memoria palabras de Virgilio o de Cristo, porque éstas darán luz a sus días”.

Francisco García Jurado (GJ.), con quien he tenido la oportunidad de conversar intensamente sobre Jorge Luis Borges y, por lo tanto, de saber de su lectura atenta, tan meticulosa cuan apasionada, de la obra del escritor argentino, emprende en este ensayo una tarea de reconstrucción de la *Eneida* desde el palimpsesto que provee la creación borgeana. Y ha logrado, según creo, uno de los más curiosos, fascinantes e inteligentes recorridos de ida y vuelta entre la epopeya de Virgilio y la obra de Borges. En principio, porque la amplitud de conocimientos de GJ. de obras y autores de diversos períodos y disciplinas humanistas lo lleva, para nuestro deleite, a diversificar ricamente el escenario de citas y referencias a otras obras y autores de nuestra literatura y del acervo borgeano. Así nos encontramos, entre otros, con Dante, Eliot, Leibnitz, Hobbes, Croce, Homero, Beda, Mann, Machado, encadenados a la exquisita cultura de Borges y descifrados por la acendrada cultura de GJ.

El estudio se abre con una concisa introducción, donde GJ. contextualiza el tono del contenido general con ecos procedentes de las bien conocidas obsesiones lingüístico-espirituales de Borges: “Lectura y melancolías. Reconstrucción de una *Eneida* conscientemente olvidada”. Siguen cinco capítulos, a su vez segmentados, de bien meditadas intenciones, pues abarcan todas las notas de un diapasón que incluye la poética intertextual, los movimientos estéticos que anticipa la *Eneida*, sus hallazgos, responsables

de la varia fascinación que ejerció a lo largo de siglos, las absorciones y conversiones de la cultura vigente hasta su tiempo. El epílogo también es conciso; allí GJ. coloca el sello o sfraguís de su tesis: "Breve final: la *Eneida* de Borges, o el desafío a la historia literaria". A continuación, la Bibliografía empleada y, como colofón, un sorprendente "Museo Imaginario de la *Eneida* Borgiana", que clausura el ensayo abriéndolo a una multitud especular de posibilidades estéticas, como bien le hubiera gustado al alejandrino Borges.

Este análisis de reconstrucción de la *Eneida* y, a partir y a través de ella, de gran parte de la tradición literaria de Occidente, no es una suma de citas lineales, asentadas mecánicamente, donde van desfilando autores y obras reunidos en combinación aleatoria. Tampoco intenta, como podría haberse esperado, registrar el amplio espectro de la honda impresión que el descubrimiento y precipitación de la obra de Virgilio produjo en Borges durante toda su vida. Se trata de un estudio de compulsión e interpretación hasta de las intencionalidades que podrían encontrarse encubiertas en la reproducción de una cita aparentemente errónea: el ejemplo de *ibant obscuri sola sub nocte per umbras/umbram*, en las voces de Virgilio, Beda, Dante y Borges es contundente al respecto (pp. 61-65). Aquí, GJ. pone de manifiesto su conocimiento de las agudezas y reconversiones borgeanas, pero, también, de sus lecturas meditadas de las obras de los cuatro escritores y sus relaciones literarias, como de su destreza para recomponer el meandroso itinerario histórico-estético que los conectó. Como corolario, el análisis de GJ., al abarcar los significados del sintagma, tanto sincrónica cuanto diacrónicamente, no hace sino enriquecerlo con la perspectiva de voces disímiles y, a la vez, convergentes. Un enriquecimiento que es la moneda corriente del trabajo de develación de GJ. en y entre la obra de Virgilio y la de Borges, en toda su sustancia pero también con todos sus accidentes.

Así como Borges solía desconcertarnos gratamente –baste recordar aquella famosa contradicción de una “Elegía del Recuerdo Imposible”–, GJ. asume el desafío de un nuevo oxímoron y nos propone otro imposible felizmente logrado: reconstruir la *Eneida* desde la deconstrucción a que Borges la sometió a lo largo de su obra. Una tarea que la postmodernidad recogió, luego de tantos siglos de indiferencia y menosprecio, de la Edad Media. Cuando se habla de la pervivencia ininterrumpida, recurrente de la obra de Virgilio en las creaciones literarias medievales, con acierto se emplea el sintagma *membra disiecta Aeneidos*, designando los retazos que ayudaron a construir tantos “*codices rescripti*”. El “saberse Virgilio de memoria” –*tenere Vergilium*– fue entonces la marca de pertenencia a una cultura que los hombres medievales se resistían a abandonar; fue, también, poco después de la aparición de la *Eneida*, y crecientemente durante la Tardía Antigüedad, el ejercicio más eficaz para llevar a cabo adaptaciones estéticas tan extremas como las de Petronio en su *Satyricon* o de Ausonio en su *Cento Nuptialis*, o ideológicas como las de Prudencio en su *Psychomachia* y su *Perstephanon*. Las bibliotecas de los monasterios, no obstante las hambrunas y carencias de todo tipo, conservaron el legado cultural de un mundo que era percibido, a pesar de la nueva fe, extraordinario y, sobre todo, la obra de un autor que bien podía ser considerado en los términos de la frase de Tertuliano, *anima naturaliter christiana*. Como para Borges mucho tiempo después, ese deleite y fortuna de “saberse Virgilio de memoria”, esas bibliotecas fueron el mundo y su cifra. Si en sus palabras de póstumo homenaje en la Biblioteca Nacional de Madrid, Octavio Paz supo ver la relación de Borges con una biblioteca universal (“La Biblioteca de Babel no está ni en Londres ni en París, sino en Buenos Aires; su bibliotecario, su dios o su fantasma se llama Jorge Luis Borges”), GJ. ha sabido ver esa *Eneida* postclásica y medieval que ya prefiguraba la virgiliana, apenas comenzado el relato, en un verso –*arma virum tabulaeque et Troiae gaza per undas*– cuya realidad no solo

habla de la procedencia inmediata de un pueblo (“en una aurora tan antigua que ya es mitología”), sino también de su destino histórico.

Aunque es obvio, vale la pena advertir que quien espere encontrar en este estudio jirones de una *Eneida*, tal y como la compuso Virgilio, se llevará un gran desencanto. La moderna *Eneida* borgeana responde, desde los códigos instaurados mucho antes de Virgilio, a las expectativas del hombre contemporáneo. Y así como Virgilio repitió la experiencia épica de Homero con la adición de lo que hubo entre ambos de légame cultural (la tragedia, la comedia, la lírica, la revolución alejandrina, su pasado literario romano), Borges repite la virgiliana con todas las bifurcaciones que, entre Virgilio y él, hubo en el itinerario cultural de Occidente. Esta *Eneida* de Borges repite la de Virgilio en el sentido más latino de este verbo, sentido que GJ. se encarga de recordarnos al inicio de su ensayo: “repetir” es, en todo caso, un *re-petere*, es decir, “un ir a buscar una vez más” (p. 16). En la búsqueda, una vez llevada a cabo, surge la diferencia esencial con la nueva *Eneida*; la borgeana es una épica del alma (p. 121). ¿No dijo Virgilio (o Borges): “la mano que esto escribe renacerá del mismo vientre”, parafraseando la frase de Borges (o Virgilio): “*atque iterum ad Troiam magnus mittetur Achilles*”? Como bien lo ve GJ., solo una lectura estética, como la que propone Borges en su “Prólogo a la *Eneida*”, posibilita desafiar la historia literaria y, consecuentemente, la teoría de los géneros.

Este trabajo sobre la coparticipación de Borges en la escritura de la *Eneida*, como un verdadero *alter ego* coetáneo de Virgilio, solo pudo llevarlo a cabo un intelectual versado en la cultura clásica, calidad que posee GJ., Dr. en Filología Clásica, Profesor de Filología Latina en la Universidad Complutense de Madrid, pero también un intelectual que, como él, ha dedicado su vida al conocimiento de esa continuidad espiritual que constituye nuestras señas de identidad y denominamos tradición clásica.

Calurosa es entonces la recomendación a leer y deleitarse con este libro rico y enriquecedor, que un crítico español, Francisco García Jurado, desde el otro lado del Atlántico, lega a la comprensión medular de la obra de Jorge Luis Borges.

RUBÉN FLORIO (UNS)  
ruben.florio@uns.edu.ar

MASTROMARCO, GIUSEPPE – TOTARO, PIERO. *Storia del teatro greco*. Milano: Le Monnier Università, 2008, 302 pp. ISBN 978-88-00-86056-7

---

Este volumen conjunto entre Giuseppe Mastromarco, docente en la Universidad de Bari (Italia) y especialista en la comedia aristofánica, y Piero Totaro, también docente de la misma Universidad, se propone, como lo enuncian los propios autores, “reconstruir los aspectos salientes de aquella civilización teatral y de aportar luz a la poética de sus autores”. El espectro temporal que abarca el estudio va desde los orígenes del teatro griego –con un fuerte hincapié en la inserción del fenómeno teatral en el sistema de los festivales atenienses– hasta el siglo III a.C. con la comedia de Menandro. No debemos olvidar que se trata de un manual. El lector académico o el investigador puede a primera vista sorprenderse de la ausencia de aparato de notas aclaratorias o bibliográficas, cosa que, a nuestro juicio, hubiera sido de suma utilidad en muchos casos, incluso tratándose de un manual. Pero en vistas a un público universitario inicial o de grado, es comprensible el objetivo de sencillez de los autores en cuanto a la transmisión de los contenidos y las referencias de las fuentes bibliografías consultadas.